

Explicación falsa de mis cuentos

Felisberto Hernández

Obligado o traicionado por mí mismo a decir cómo hago mis cuentos, recurriré a explicaciones exteriores a ellos. No son completamente naturales, en el sentido de no intervenir la conciencia. Eso me sería antipático. No son dominados por una teoría de la conciencia. Eso me sería extremadamente antipático. Preferiría decir que esa intervención es misteriosa. Mis cuentos no tienen estructuras lógicas. A pesar de la vigilancia constante y rigurosa de la conciencia, ésta también me es desconocida. En un momento dado pienso que en un rincón de mí nacerá una planta. La empiezo a acechar creyendo que en ese rincón se ha producido algo raro, pero que podría tener porvenir artístico. Sería feliz si esta idea no fracasara del todo. Sin embargo, debo esperar un tiempo ignorado: no sé como hacer germinar la planta, ni cómo favorecer, ni cuidar su crecimiento: sólo presiento o deseo que tenga hojas de poesía; o algo que se transforme en poesía si la miran ciertos ojos. Debo cuidar que no ocupe mucho espacio, que no pretenda ser bella o intensa,

sino que sea la planta que ella misma esté destinada a ser y ayudarla a que lo sea. Al mismo tiempo ella crecerá de acuerdo a un contemplador al que no hará mucho caso si él quiere sugerirle demasiadas intenciones o grandezas. Si es una planta dueña de sí misma tendrá una poesía natural, desconocida por ella misma. Ella debe ser una persona que vivirá no sabe cuánto, con necesidades propias, con un orgullo discreto, un poco torpe y que parezca improvisado. Ella misma no conocerá sus leyes, aunque profundamente las tenga y la conciencia no las alcance. No sabrá el grado y la manera en que la conciencia intervendrá, pero en última instancia impondrá su voluntad. Y enseñará a la conciencia a ser desinteresada.

Lo más seguro de todo es que no sé cómo hago mis cuentos, porque cada uno de ellos tiene su vida extraña y propia. Pero también sé que viven peleando con la conciencia para evitar los extranjeros que ella les recomienda.

to, bajo, de cara redonda, con el pelo rizado, dos mechones que le salían de las orejas y unas cejas como rulos espesos. Debajo, unos ojitos de pájaro y una risa infantil, siempre encendida como diversión. Debía haber tenido una linda estampa —cinco matrimonios cinco— pero ya había engordado. Gozaba comiendo mucho y se sospecha que con todas las actividades corporales, con una alegría física, ingenua y turbia al mismo tiempo. Y entre bocado y bocado —por ejemplo cuatro platos de papas y huevos fritos— iba desplegando la pirotecnia de un humorismo que pasaba del chiste verbal más limpio y aun candoroso, a las historias menos santas.

De la misma manera, sus cuentos rozan, al desgaire, jugando,

zonas oscuras e inquietantes, aguas misteriosas en las que el autor entra y de las que sale con una morisqueta burlona, sacudiéndose indemne. La idea de que el viejo e inútil acomodador de cine descubra que sus ojos arrojan a voluntad una luz verdosa, como la de las antiguas linternas, puede ser una invención elemental, de equivalencia casi mecánica. Pero progresivamente lo acucia el urgente deseo de ver con esos ojos, de “palpar” objetos en una pieza oscura ayudándose de su luz. Chantajea al mayordomo de una casa señorial —cuyo amo reúne una vez por mes a los necesitados en un banquete silencioso— para que le permita entrar de noche y, acostándose sobre un colchón en el piso de la gran sala, contemplar con su luz fosforescente los

